

# **PREGÓN DE LA CORONACIÓN CANÓNICA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PIEDAD**

Iznájar, día siete de septiembre de 2000

Ángel Aroca Lara

Antes que nadie a Ti, Señora, he de rendir la pleitesía del saludo en esta víspera gozosa de tu coronación canónica. Salve, Santa de La Celada y El Higueral, de Los Juncare y Solerche, de La Hoz, de Corona y El Adelantado, de la Fuente del Conde y Las Alarconas, de Concejos y Remolino, de Balerma, de Cienos y Cabrerías, de Valenzuela y Llanadas, de Gata y Algaida, de Los Pechos; del Barrio de San José, de las Huertas de la Granja y El Pamplinar -aún siguen proclamando tu santidad bajo las aguas-..., de Iznájar todo. Salve Madre Bendita de los iznajeños; Salve, “Virgen de acá”; salve, Reina ya casi Coronada de Iznájar.

Buenas noches, Ilmo. Sr. Alcalde y demás miembros de la Corporación Municipal, Rvdo. Sr. Cura Párroco de Santiago, Sr. Presidente de la Cofradía de Ntra. Sra. de la Piedad y Sres. de su Junta de Gobierno, Hermana Mayor, Sacerdotes y Religiosas de Iznájar -permítaseme la mención especial de Sor Trinidad García Pacheco, que está tejiendo su particular corona a la Virgen de la Piedad en el servicio a los ancianos de La Roda de La Mancha, mi pueblo natal-, Cofrades, Rvdo. Sr. Rector y Alumnos del Seminario Conciliar "San Pelagio", Señoras, Señores, amigos todos de Iznájar -mi pueblo bien amado, aunque no mío-, que hoy se nos muestra inequívocamente en estado febril de coronación.

He venido muchas veces a Iznájar, cientos de veces seguramente; y lo he hecho siempre gozoso, con la alegría del que vuelve a su tierra y los suyos. Ocasionalmente me ha traído algún asunto inaplazable -pocas veces tan importante como el que hoy nos congrega-, pero con frecuencia he venido a abandonarme sin más en el sosiego de este apartado rincón del sur de Córdoba, que derrama sus aceitunas, generoso, sobre tierras de Málaga Y Granada; a dejarme envolver por su brisa preñada de fragancias, a aprender de la paciente espera de la salamanquesa -siempre apostada junto a la luz del patio-, a perderme en paseos imerminables hasta el amanecer en grata conversación con las amigas por el albo dédalo de la calle Malvar, El Caganchuelo, El Peñón, La Torre, La Cruz de San Pedro, Las Peñas, Los Albaicines, La Puerta del Rey, La Antigua... ¡Me estremece la mera letanía de los nombres! ¡Son tantos los recuerdos! Hube de venir también en infausta hora a tributar el último adiós a mi buen amigo Manuel Doncel Garrido, vehemente de natural, iznajeño hasta los tuétanos y especialmente obsesionado por hallar la fórmula de la precisa iluminación del trono de la Virgen en su salida procesional. Se me antoja Extraordinariamente injusto y es doloroso, muy doloroso, que no esté ahora con nosotros, que no pueda vivir mañana los fastos de la Coronación. Su ausencia no es la única, sin duda; a buen seguro cada uno de vosotros recuerda a algún familiar, a algún amigo, que mereció estar aquí en esta hora gozosa. Ellos, con su fervor ardiente, con su amor desmedido, cincelaron su particular corona a Nuestra Señora de la Piedad y pusieron los cimientos del acto solemne que habrá de reunimos -ansiosos aguardamos el momento- en pocas horas. Ellos son por derecho los invitados de honor en la Coronación y pido a Dios que gocen de un sitio de privilegio en las barandas del Cielo para que puedan seguir puntualmente todos los pormenores de la ceremonia.

He venido a Iznájar con la Asociación Provincial de Cronistas, con la Real Academia de Córdoba, a la inauguración de una exposición o la presentación de un libro, a reclamar vuestra atención con alguna conferencia -la última, no hace mucho tiempo, para hablar precisamente de "El dolor en la Virgen de la Piedad"- . En estos viajes y en todos los demás he podido constatar la omnipresencia de su Patrona en esta noble villa. No he asistido a un pregón de feria que no haya concluido con un viva clamoroso a Nuestra Madre Bendita. El pasar por La Antigua es detenerme un instante en la mirilla de la puerta para saludar a la Señora, ha llegado a parecerme antinatural y casi una manifestación de impiedad y extranjería; una prueba evidente de que, aunque me pese,

mis raíces no se hundan en esta peña sobre la que extiende su alada custodia San Rafael desde lo alto. Todo aquí gira entorno a la Virgen de la Piedad; y no es éste un fenómeno de nuestro tiempo. Hace unos días, revolviendo papeles que refrescaran mi memoria para redactar estas líneas, cayó en mis manos un discurso que hizo en 1929 Ruperto Fernández-Tenllado, con ocasión de la traída de las aguas a Iznájar, pues bien, tras destacar las bondades del líquido elemento, deshacerse en elogios a las autoridades y cantar una tras otra las excelencias todas de Iznájar, don Ruperto pone especial énfasis en dejar sentado que la Virgen de la Piedad es el tesoro más preciado de cuantos guarda la población y concluye su discurso con el consabido viva a la Patrona. Así ha sido siempre desde hace quinientos cincuenta años.

Efectivamente, a nivel popular -con independencia de los altibajos documentados en la oficialidad de la Cofradía, que florece y languidece alternativamente desde su fundación el 15 de mayo de 1697- la devoción a Nuestra Señora de la Antigua y Piedad ha sido y sigue siendo un sentimiento compartido por más de veinte generaciones de iznajeños, tantas como se han sucedido desde que esta villa fue conquistada definitivamente por las huestes castellanas en el ocaso de 1431. Esto es lo realmente importante y, sin duda, la razón de peso que ha movido al Sr. Obispo de la Diócesis a decretar la coronación canónica demandada en su día por los cofrades de Iznájar. Todo lo demás no son sino meras anécdotas que languidecen eclipsadas por la fuerza y perseverancia de este fervor que es un legado de entraña familiar, transmitido inexorablemente de padres a hijos con independencia del laicismo puntual de los tiempos, amasado en las lágrimas de la desgracia y lustrado con la alegría de los momentos felices; alentado por la invocación constante, la oración íntima de la retreta y la manifestación pública del culto tributado a la imagen en sus sucesivos santuarios: el cobertizo de Las Eras, la ermita del Barrio Bajo, la que se alzó en los albores del siglo XVII con traza de Juan Doblas en el Corral del Concejo y la actual, que seguimos llamando de la Antigua y se edificó sobre las ruinas de la anterior en 1685.

¿Acaso hay algún iznajeño que no creciera en la devoción a la Virgen de la Piedad? ¿Quién de vosotros no oyó alguna vez la súplica en demanda de su auxilio? ¿Quién no advirtió deslizarse una lágrima por la mejilla de su madre al invocarla? ¿Quién no ha visto su efigie junto a la cabecera del enfermo? ¿Quién no ha sentido un nudo en la garganta en algún momento de su procesión? ¿Quién no ha desgranado una oración a la puerta de La Antigua? ¿Quién no ha careado un viva sonoro a la “Virgen de acá”?...

Iznájar y Piedad son dos vocablos unidos por la historia de una devoción profunda, que parece venida del alba del mundo por su arraigo y es, sin duda, la más diáfana, la más fresca, la más emotiva de cuantas conozco. Esta villa sería diferente sin su Virgen, y la imagen que veneráis jamás hubiera merecido ser oficialmente coronada si no llenara vuestros corazones, si vuestra cera no ardiese a sus plantas, si vuestros ojos no buscaran los suyos desde el cancel de su ermita, si el aire que la envuelve no la acariciara con vuestras oraciones, si la descalcez de las penitencias no alfombrara el recorrido de su procesión.

Este acoplamiento sin fisura, esta fusión compacta entre Iznájar y su Patrona, no es algo que pueda improvisarse; como toda gran obra ha necesitado tiempo y dedicación. Con independencia de la tradición e incluso de la investigación relativamente reciente, que anota la ejecución de una efigie de Nuestra Señora de la Antigua en 1585, el análisis estilística de la imagen que veneramos evidencia que ésta hubo de modelarse en los años centrales del siglo XV. De otra parte, los testimonios recogidos por Roque Gómez Bonifaz, santero de La Antigua desde 1636, ponen de manifiesto que la misma recibía culto en Iznájar en el tiempo de los conquistadores de la villa. Ambos datos permiten deducir que la peregrina escultura que habrá de ser coronada mañana fue ya objeto de veneración por los iznajeños a poco de la toma definitiva de esta población, que, como queda dicho, acaeció en diciembre 1431. Fue sin duda la primera imagen mariana de estas tierras recién ganadas a los moros y el único consuelo de sus habitantes en unos tiempos harto difíciles.

Quizá os hayáis preguntado alguna vez -yo lo hice hace tiempo- por qué la devoción de Virgen de la Piedad se ha proyectado especialmente hacia el Sur, por los términos de Algarinejo,

de Zagra, de Loja, de Villanueva de Tapia...¿Por qué sus devotos son mucho más escasos al norte de Iznájar? La razón estriba, sin duda, en la propia dinámica de la Reconquista. Las tierras del Norte, ganadas con anterioridad a esta villa, contaban ya con sus propias efigies de María -algunas de ellas siguen recibiendo culto en nuestro tiempo, tal es el caso de la Virgen de los Remedios de Sueros o Nuestra Señora de la Sierra de Cabra-, sólo el Sur padecía aún la orfandad de la Madre de Dios. De aquí que, a medida que se produjo el avance de Castilla sobre el reino nazarita, las gentes de los lugares recién conquistados volvieron sus ojos hacia la Señora de Iznájar y buscaran el refugio seguro de su manto.

Es admirable que, pese a que las referidas poblaciones de Málaga y Granada tuvieron con el tiempo sus propias imágenes devocionales, aquella fe antigua que trascendió los límites de Iznájar y anidó en los corazones de las gentes todas de la comarca, siga incólume en los descendientes de sus primeros devotos. Grande ha tenido que ser la eficacia de la imagen cuyas sienes aguardan el roce cálido y filial de la corona -aun recuerdo su camarín tapizado de "milagros"-. Ciega ha de haber sido la confianza de miles de madres que no dudaron que la virgen de sus hijos había de ser Nuestra Señora de la Antigua y Piedad. Inmenso ha sido el amor, no me cabe ninguna duda, pues sólo de su inmensidad puede haber florecido el prodigio de esta fidelidad, inquebrantable pese al paso del tiempo y la mudanza.

Vine también en los años setenta a pregonar la Feria Real y dije parafraseando a la bíblica Ruth: "Iznájar, tu tierra será mi tierra, tu gente será mi gente, tu Virgen será mi Virgen, tu Dios será mi Dios". No me desdigo un ápice de lo dicho, y en ello pesó y sigue pesando esta devoción recia y honda, que admiro profundamente -no sé admirarla de otra manera- y aún me sobrecoge cada ocho de septiembre. Lo que quizá no dije entonces -no sé, siempre me falla la memoria- es que conocí a la Virgen de la Piedad antes de venir por Iznájar. Ella veló mi sueño durante mi estancia en Fuentes de Cesna.

Con el cansancio del viaje y sin más luz que la mortecina de un candil, apenas reparé en el cuadro que había sobre la cama al acostarme, pero a la mañana siguiente llamó mi atención aquella litografía antigua y carcomida de polilla. Apenas podía leerse lo que rezaba debajo de la imagen, pero Antonia Castro -Dios la tenga en la Gloria- me sacó de dudas: "Es la Virgen de la Piedad, la Patrona de Iznájar. No hay otra más milagrosa, cuando operaron a Manuel, estuvo con nosotros en el hospital". Aquella buena mujer fue una de esas devotas de ley que ha tenido y sigue teniendo nuestra Patrona fuera de esta villa. La oí invocarla cientos de veces y con frecuencia me hablaba de los muchos favores que le había dispensado. No pude imaginar entonces que algún día habría de pregonar su coronación canónica, siendo ya tan deudor de Ella como la providencial samaritana que me acogió en su casa a mi llegada a esta tierra.

Hoy he venido otra vez a Iznájar y lo he hecho con el convencimiento pleno -ya lo he dicho- de que éste es uno de mis viajes más trascendentes, por la naturaleza de la misión que me trae. Pregonar la coronación canónica de la Virgen de la Piedad es para mí un alto honor, una prueba de confianza que dudo merecer y, sobre todo, una muestra inequívoca de la generosidad con que siempre me habéis distinguido. Gracias, amigos míos, por permitirme colaborar modestamente en este evento, que es expresión del empeño de todo un pueblo y ha sido larga y minuciosamente preparado. Mi reconocimiento a cuantos os habéis afanado en tan noble empresa. Por unas u otras razones, el destino ha querido que me viera involucrado en algunos de los pasos cruciales de la misma. Recuerdo las reticencias del Sr. Obispo cuando fue a visitarlo la Cofradía, a poco de haberse posesionado de la Diócesis, y la decepción que ello supuso para aquella Junta de Gobierno. Seguí puntualmente la confección del manto y supe de los inconvenientes que hubo que sortear para llevarlo a término. Quiso también Antonio Ramírez Megías -su corazón anegado por la generosidad del devoto rendido- que lo acompañara en cuantas ocasiones fue a Córdoba para tratar de la corona con Díaz Roncero. Puedo afirmar con conocimiento de causa que detrás del acto de mañana hay muchas horas de trabajo, una enorme tenacidad, no pocos desvelos, una ilusión inquebrantable y, más que nada, amor a raudales. Lo habéis conseguido ¡Enhorabuena! Que la Virgen de la Piedad premie vuestra dedicación.

Aunque el establecimiento canónico de la fiesta de Santa María Reina data del 11 de octubre de 1954, en que la decretó PIO XII mediante la encíclica *Ad Coeli Reginam*, la sabiduría popular distinguió a la Virgen desde antiguo dándole los atributos de la realeza, pues siendo la Madre de Cristo, que es Rey de reyes, no podía escatimársele la corona. La irrupción de ésta en la plástica mariana se advierte ya en el arte bizantino, donde los emperadores, deseosos de que sus súbditos los asimularan a la divinidad, potenciaron que Jesús y la Virgen fueran representados vistiendo sus galas. Esta tendencia pasó a Occidente y tomó cuerpo en la Virgen Majestad, entronizada y coronada, del Románico. Las representaciones de María como Reina de Todos los Santos abundaron ya en el Medievo y, con el tiempo, habría de perfilarse la iconografía de la Coronación de la Madre de Dios, a la que por lo común concurren las tres personas de la Santísima Trinidad. Paralelamente, la Literatura abundó en el misterio de la realeza de la Virgen componiendo las conocidas "Coronas marianas".

Pero el arte, que no es sino la expresión del sentir de los pueblos, se limitó a recoger lo que demandaba un pueblo fervoroso y apasionado que reconocía la realeza de María en el rezo diario de la Salve, en la meditación del quinto misterio glorioso del Rosario, en la Letanía Lauretana y que, desde siempre, se había complacido en coronar las imágenes de la Virgen. Iznájar no fue una excepción, pues, aunque nuestra Patrona rehusó la corona de escultura -en su tiempo fue común que ésta formara un bloque con la imagen- y quiso velar su cabeza con la toca modesta de la mujer de a pie, ya en el primer inventario que nos ha llegado de los enseres de la Obra Pía, fechado el 27 de noviembre 1668, se relacionan dos coronas de plata sobredorada; seguramente, una de la Virgen y la otra del Niño. Efectivamente, esta noble villa de Iznájar, mariana hasta la médula, hubo de coronar a su Soberana Princesa hace ya más de cinco siglos. Es lo más seguro que las sienes coronadas de Nuestra Señora de la Piedad hayan sido acariciadas por la brisa de más de quinientas primaveras llenas de salves, de rosarios devotos, que tienen por dentro millones de avemarías diarias. No obstante, aún no se ha saciado el amor infinito de este pueblo a su Patrona; de aquí, que quiera oficializar el arcano sentir con la Coronación Canónica para mayor honra y gloria de su Virgen. Quizá pueda haber quien estime que es éste un acto superfluo, un gasto inútil que no añade excelencia a Nuestra Madre. Si alguno pensara así he de recordarle que tampoco fue necesario que aquel día de Betania, María la hermana de Lázaro, vertiera una libra de perfume de nardo, costosísimo, sobre los pies del Maestro y los enjugara con sus cabellos. Pese a las protestas de Judas que hubiera preferido engrosar su bolsa con el valor de tal dispendio, Jesús aceptó complacido el presente. También la Virgen de la Piedad acepta complacida su coronación, no porque la precise para reafirmar su realeza incuestionable, sino porque es fruto del amor de Iznájar.

Con el acto de mañana revivirá aquí una vieja tradición de la Iglesia, que nació ligada a la erección de la nueva basílica de San Pedro del Vaticano en el siglo XVI. La "Congregación de la Reverenda Fábrica de San Pedro", que venía concediendo diversos privilegios a cambio de limosnas para concluir el referido templo, añadió el de autorizar la coronación de determinadas imágenes a partir de 1623, gracias a un legado testamentario de Alejandro Sforza Pallavicino, destinado a tal menester. La antigüedad de la imagen, su valor artístico y su arraigo devocional, se consideraron esenciales para otorgar el referido privilegio. La sagrada efigie de la Virgen de la Piedad reúne sobradamente todo lo preceptuado y como desde antiguo con el reconocimiento de la Santa Sede como lo prueban el *Jubileum Plenissimum* concedido por Urbano VIII en 1640 y las indulgencias recogidas en un Breve de Inocencio XII de 1668. En consecuencia, al acceder a la petición formulada por Iznájar, el Sr. Obispo de 1ª Diócesis no ha hecho sino oficializar un derecho antiguo esta venerada imagen. No obstante, hemos de agradecer al Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Javier Martínez Fernández su interés en un asunto vital para nosotros, su sensibilidad para advertir que la corona de Nuestra Madre Bendita estaba labrada desde hace siglos.

Estoy seguro de que la visita que nos hizo el 8 de septiembre de 1997 fue crucial en su decisión. Pude vedo en la expresión de su rostro al saludarlo aquella tarde. Había visto ya la corona de la Virgen de la Piedad en el friso compuesto por los hombres y mujeres de estos campos, que aguardaban anhelantes la salida procesional de su Madre en los poyos de El Paseo.

Hubiera bastado reunir en círculo sus expresiones, su descalcez, sus mandas de cera, sus corazones -tan puros como rendidos a la Virgen de la Piedad-, su fe antigua e inquebrantable..., para conformar la corona más hermosa que pueda imaginarse.

Vio también el Sr. Obispo la cera derramándose en demasía de ofrendas. Y vio a la Señora fulgiendo como un ascua en su trono de nardo plateado de luna y vio aflorar las lágrimas -su destello era aún más vivo que el de las estrellas del firmamento- en los ojos que la buscaban por doquier. Notó como la brisa de la noche incipiente iba espesándose en oraciones, en vítores interminables, mientras el sudor joven de Iznájar empapaba los umbrales de la Puerta del Rey al paso de su Reina. Vio que la súplica se derramaba a ras de tierra y entendió que aquí, el día ocho de septiembre, el Cielo está de tejas abajo. No hay en el mundo metal más noble y precioso que el de esta corona, cuyo origen se pierde en la noche de los siglos.

La Virgen de "acá", la Madre de de los "soldaos", la de los enfermos, la de los emigrantes, la de los Iznajeños todos, habrá de ser coronada oficialmente mañana. Está bien que así sea y ello es motivo de orgullo y satisfacción para todos nosotros. Pero la solemnidad de la Coronación Canónica no debe llevarnos a perder el norte introduciendo cambios en adelante. Os aseguro que la corona que más complace a Nuestra Señora es la que le pusieron vuestros padres y vuestros abuelos: una sorprendente manifestación de religiosidad popular a la que es difícil encontrar parangón y que habremos de preservar en toda su pureza. No estaría mal -no tengo más remedio que decirlo- que empezáramos por suprimir eso vivas de nuevo cuño, de estirpe rociera y sevillana, que nada tienen que ver con la procesión de siempre.

La prudencia me aconseja terminar y deseo hacerla con una letanía, a modo de corona trenzada por el amor de Iznájar a su Reina. En ella he puesto especial empeño en sintetizar el latido de este pueblo como corazón acompasado a su Patrona. Confío en que la Virgen me haya inspirado para expresar vuestro sentir, ese sentir que Ella conoce como nadie. Dice así:

Óyenos, bienaventurada Señora Nuestra de la Piedad; desde tu gozo amenazado de los días de Belén, desde el vaticinio de Isaías que señala tu Hijo en el Libro Santo, desde la profecía de Simeón, terrible, que aún resuena en tus oídos; desde tu aceptación sin reserva, generosa, del plan del Eterno.

Óyenos, bienaventurada Madre Bendita de la Piedad, desde la paz de esta noche que preludia la aurora del día de tu nacimiento, desde nuestro pueblo que ahora se regocija y se suma a la fiesta de tu aniversario con el presente de una corona cincelada en el precioso metal de su fe antigua.

Tú que eres Esclava del Señor y conociste el baldón de la esclavitud morisca en esta villa de tu patronazgo, salva a los que viven presos, encadenados a los placeres de este mundo, socorre a los que caminan cayendo, sin rumbo ni norte, porque les falta la Fe.

Santa, escúchanos.

Madre, ampáranos.

Virgen, protégenos.

Reina, bendícenos.

Santa María de la Piedad.

Santa imagen venerada.

Santa en los labios iznajeños.

Santa también para las gentes de Zagra, de Loja, de Algarinejo, de las Fuentes de Cesna...

Santa en la memoria viva de la ausencia de tus hijos fidelísimos de Sabadell, de Santa Margarita de Montbuy, de Granollers, de Igualada, de Gerona...

Santa en el corazón de los que te buscan tras la mirilla de tu ermita.

Santa para cuantos se posan a tus plantas.

Santa en la colmena de tu camarín, de tu ermita, de tu pueblo.

Santa por siempre en el diario latir de Iznájar.

Madre de toda la Piedad que mana de Cristo.  
Madre del más dulce mirar.  
Madre bendita de nuestros mayores.  
Madre de los soldados.  
Madre de los emigrantes.  
Madre fidelísima, triste en la congoja de los tuyos y gozosa en su contento.  
Madre generosa que derramas la lluvia sobre nuestros campos resecos.  
Madre siempre franca, como lo estuvieran para los iznajeños las puertas del ministro Burell.  
Madre más infalible que la espada conquistadora de Perafán de Rivera.

Virgen de la Piedad.  
Virgen de la Antigua veneración.  
Virgen de las aceituneras y los cagarraches.  
Virgen de todos los iznajeños.  
Virgen afligida por la forzada ausencia de los tuyos.  
Virgen clemente para los que te olvidan.  
Virgen solícita a la cabecera del enfermo.  
Virgen enlutada por tantos que se fueron.  
Virgen prudentísima que trazó la senda de los gobernadores Carlos Burell y Criado y Francisco de Paula Delgado Garrido.

Vaso derramante de Piedad.  
Vaso del bálsamo de la misericordia de Dios.  
Vaso elegido por el amor de Iznájar.

Tesoro escondido en Las Majadillas.  
Luz de Montes Claros.  
Torre davídica, que se alza, eminente, sobre los bastiones todos de Iznájar.  
Barquera abnegada del Genil.

Serrana gentil de la Subbética.  
Casera acogedora del Cascajar, de Mesto, de Las Pilas, de Malagalla, del Sol, de Los Álamos...  
Hortelana de la Huerta del Capitán.  
Molinera del arroyo de Priego.  
Magdalena de los huertos de La Hoz y de El Cerezo.  
Ventera de Santa Lucía.  
Vigía del Cerro del Azucarón, de La Camorrilla, de la Sierra de las Ventanas, de la Loma de las Monjas...  
Estrella matutina en Las Cabrerías.  
Lucero del crepúsculo sobre El Cuchillo.  
Agua viva de El Ruño.  
Tajo eminentísimo de Fe.  
Ladera del sosiego *in pacis*.  
Albaicín del Paraíso.  
Barandal de la Gloria en la Plaza Nueva, en la Cruz de San Pedro, en Las Peñas...  
Lirio penitencial entre los abrojos de El Calvario.  
Iris de gracia en Valdearenas.  
Olivar florecido en el desaliento.  
Trigal cabeceante de esperanza.  
Haza de dicha.  
Brisa de jazmines en el crepúsculo.  
Lago de ventura remansada.  
Fedataria antigua de la historia de Iznájar, en la que se miró el escribano Rodrigo Alonso.  
Refugio seguro en la racias de Boabdil y del bravo Aliatar de Loja.  
Nave de Gracia, que llevó hasta Cartago de Costa Rica a José Cassasola y Córdoba, que defendió

con su vida el alférez Diego López.

Lienzo enjugador de todas las desgracias, que aún rezuma las lágrimas vertidas en 1861.

Espejo de Justicia para los magistrados José Lanzas Torres, Ricardo Pavón Rosales, Miguel Llamas Rosales.

Pozo de sabiduría, en el que saciaron su sed Juan, Miguel, Luis y Cristóbal de Castro Gutiérrez.

Dispensa provisora de la generosidad sin límites de José García Alcuía

Peregrina en las calles de Iznájar

Cirio encendido en El Llano.

Puerta del Cielo en la de la Muela.

Júbilo desbordante en La Venta.

Campana de Dios en las torres del Señor Santiago, de San José, de La Antigua.

Esquila del alba en las desaparecidas ermitas de la Caridad, de San Sebastián, de San Marcos.

Reina pródiga que derramas tu Piedad infinita sobre los iznajeños.

Reina de los ángeles a quien sirve San Rafael, el que vigila desde la torre.

Reina presentida de Fadl ben Salama, de Abus ben Maksan y de todos los señores agarenos de hisn Hasar.

Reina de reyes en Alfonso XI, en Pedro I y en cuantos monarcas se esforzaron por ganar la villa de tu patronazgo.

Reina de los alcaides del castillo de Iznájar en Pedro Fernández de Córdoba, en Francisco Pérez del Campo, en Alonso de Bilbao.

Reina de los patriarcas en el báculo de Fray Alonso de Pedraza y Valenzuela, de Andrés Rosales Muñoz.

Reina de los profetas en el gélido acero de la espada que puso en tu vida Simeón.

Reina de los apóstoles en la elocuencia de Andrés Delgado Rosales, de Miguel Hidalgo Garrido, de Andrés Rosales Luque.

Reina de los mártires en la umbría del calabozo de Cristóbal de Cañas Granados y Manuel Ramos Sabariego, en la oblación de Joaquín Narváez Ortiz.

Reina de los confesores en la discreción de Alonso de Martos, de Fray Francisco de Cárdenas.

Reina de los ascetas en la abnegación que pusieron en servir tu casa los hermanos Juan Bautista “El Ermitaño”, Damián de Oviedo, Fabián de San Antonio.

Reina de los eremitas y los desiertos en la soledad y renuencia de tus devotos repartidos por los montes y angosturas de Iznájar.

Reina de las vírgenes en la esclavitud de las Salesianas del Corazón de Jesús, en la entrega de las Nazarenas.

Reina de todos los santos y santas de Iznájar.

Reina de la cera y la descalcez de las penitencias, danos un día la ciudad eterna de tu Hijo, la almenada ciudad de Dios que será otro Iznájar celeste.

Madre de todas las madres de Iznájar, protégenos.

Señora por siempre de Iznájar, atiéndenos.

Corazón de Iznájar, escúchanos.

Reina ya casi coronada de Iznájar, óyenos y llegue nuestro clamor a Ti.